

LA TARDE

Año II

Lorca 4 de Enero de 1906

Núm. 150

LOS PERTURBADORES

Mientras el pueblo de Lorca ha sufrido resignado y paciente toda clase de expolios y vejámenes, sin lanzar una queja de dolor ni una protesta de ira; mientras ha padecido en silencio su martirio y ha contemplado con impasibilidad su ruina, todo ha ido bien. Trepaban á lo alto los atrevidos, se hacían fuertes y poderosos los osados y debajo de ellos se extendía cabizbaja y sumisa la multitud, como un rebaño inmenso.

Se elevaron ídolos sobre pedes- tales de oro mal adquirido, y en holocausto de tales fetiches, que abrían desmesuradamente sus fauces insaciables, como las toscas divinidades primitivas, se quemaban la mirra y el incienso y se entonaban loas de triunfo, mezclándose la adulación servil de los papanatas, con el ditirambo sonoro de los histriones mercenarios.

Todo era entonces blanda quietud y sosegado reposo. No fué mayor ni más completa la famosa paz octaviana, que la nuestra. Cierta es que el pueblo se extenuaba y se consumía; cierto es que la desmoralización se enseñoreaba, y cundía el envilecimiento; cierto es que caíamos en un abismo espantoso. Pero había calma, había orden externo, había tranquilidad aparente, que es lo que necesitaban, lo que querían nuestros felices déspotas y los respetables eunucos de su corte, para seguir su obra infamante.

Mas hé aquí que, de repente, se levantan brazos hostiles que apalean á los ídolos y disuelven la turbamulta de sus corifeos; suenan voces vibrantes, que sacuden el espíritu popular, antes dormido y rehacio; se organizan huestes de lucha, que inician el estruendo de los combates. Y ante la legítima y necesaria actitud del pueblo, que se revuelve activo y formidable contra sus explotadores codiciosos, esta genticilla, que midió su valimiento por su soberbia, temerosa y acobardada, trina y clama contra los que propulsan el movimiento regenerador y pre-

tende afearlos con el dictado de perturbadores.

Perturbadores, sí. Nosotros tenemos el honor de serlo. Perturbadores de las orgías infames en que se derraman las riquezas del pueblo; perturbadores de la arbitrariedad brutal con que se ha tenido eternamente encadenada la voluntad colectiva; perturbadores del botín siniestro en que se distribuyen como caudales propios los bienes comunes; perturbadores del pillaje, perturbadores del despojo, perturbadores de ese lupanar político-administrativo que por tantos años ha sido vergüenza de Lorca.

¡Que tenemos odios! Indignos seríamos si no los tuviéramos. Los cerebros escurridos, los corazones secos, los hombres incompletos, podrán no tener odios, en medio de las inicuas maldades que aquí prevalecen. Pero nosotros sí; porque no son menguados odios personales, sino odios á la corrupción pública, odios á la falsía alevé, odios nobles y dignos hacia todo lo que ha causado nuestro desmedro y nuestra afrenta.

Y así, odiando y perturbando de ese modo, combatimos. En cambio, esos que se llaman temperamentos serenos y ordenados, esos que invocan ridículamente la vieja paz, rota por nuestras luchas, tienen otros odios y causan otras perturbaciones. Odian la verdad porque son farsantes; odian la dignidad, porque son ruines; odian la justicia, porque son arbitrarios; odian la independencia, porque son tiránicos; odian la luz, porque sus artes necesitan el amparo protector de las sombras. Y perturban la ley, perturban el derecho ajeno, perturban el orden moral, perturban el desenvolvimiento progresivo de nuestra ciudad, manteniéndola en el atraso decadente.

Júzguese quienes son los verdaderos perturbadores y quienes pueden ser los responsables de cualquier trastorno que originaran estos decisivos empeños: ellos pretendiendo hacer definitivos é incontrastables los abusos, ó nosotros, queriendo que venza y que se imponga la equidad.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

A los soldados alemanes les van a proveer ahora de marmitas de papel, al estilo japonés. Aunque se llevan dobladas no se rompen, y servir para hervir agua ú otros líquidos. Su precio es muy económico; no cuesta más que dos céntimos y puede usarse ocho ó diez veces. Su principal ventaja es, sin embargo, la de no pesar ni estorbar al soldado en campaña.

Por habérsele olvidado cerrar una puerta del palacio imperial de Corea, ha sido condenado un coreano á quince años de presidio, y su mujer fué entregada á otro individuo en pago de una deuda.

En Marruecos se emplean serpientes domesticadas para matar ratas y ratones en las casas.

En Austria se ha hecho un ensayo para determinar el tiempo que tarda un árbol en ser convertido en papel impreso.

A las siete y treinta y cinco minutos de la mañana se cortaron tres árboles en Elsenenthal; á las nueve y treinta y cuatro la madera estaba limpia de corteza, serrada, convertida en pulpa y transformada en papel, que pasó inmediatamente á la imprenta. La primera hoja impresa salió de la máquina á las diez. Se había tardado ciento cuarenta y cinco minutos en realizar todas las operaciones.

Aún queda en el mundo una décima parte por explorar.

En Filadelfia se ha abierto una escuela para loros. La profesora es una americana pacienzuda que enseña á hablar á sus alados discípulos por medio de fonógrafos que repiten continuamente las frases de

la «lección» hasta que las aves la aprenden.

Las uñas se blanquean y se limpian las manos frotándose de noche con limón, sin secarse después, y lavándose por la mañana con agua caliente.

LIBERTAD

Soneto

Eterna aspiración del ser humano,
venturoso ideal de la existencia,
antorcha á cuyo brillo, de la ciencia
descubre el hombre el misterioso arcano.
Tiránico poder pretendió en vano
tu aliento reducir á la impotencia,
que fué tan poderosa tu influencia,
que espanto y terror fuiste del tirano.
Y al mirar de tus triunfos los laureles,
que pregonando tu gigante historia
adornan cual trofeos los dinteles,
que paso dán al templo de tu gloria,
el hombre te proclama, soberana,
¡oh libertad! de la conciencia humana.

J. LÓPEZ BARNÉS

POSTAL DIARIA

Recargar las contribuciones para llenar con ese recargo el hueco que deja en el presupuesto de ingresos la supresión del impuesto de consumos sobre los trigos, equivaldría á no haber adelantado un paso, á dejar las cosas en igual estado, á no procurar que el pueblo quedase beneficiado con esa medida.

Y si bien es cierto que en las circunstancias actuales no es muy conveniente suprimir los ingresos, no lo es menos que el adoptar medidas que tiendan á gravar al contribuyente más de lo que está, no solamente es improcedente, sino ilógico y disparatado.

Cuando la agricultura necesita para poder revivir disminución de los impuestos, sería criminal el condenarla á muerte aumentándolos: cuando la propiedad está tan recargada por todos conceptos, el gravarla nuevamente, equivaldría á declararla imposibilitada para la producción, y á renunciar forzosamente al pago de los tributos que sobre ella hoy pesan: todo lo que